

DOS IMÁGENES SERPENTINAS OLMECAS

Rubén Bonifaz Nuño

Pretendo probar el carácter ofidio de los rasgos de dos figuraciones olmecas que se han considerado felinas, relacionándolos con los de otra cuya índole serpentina se manifiesta de modo indudable. Son aquéllas la imagen cerámica de Atlahuayán, Morelos, que se encuentra en el Museo Nacional de Antropología de México (fig. 1), y una máscara de serpentina verde oscuro, perteneciente a las colecciones del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Cambridge, Massachusetts (fig. 2); ésta es el Monumento 19 de La Venta, el cual se exhibe también en el sobredicho Museo Nacional de Antropología (fig. 3).

La figura de Atlahuayán representa a un ser humano con la cabeza y la espalda vestidas con una suerte de capa constituida por la piel entera de un ser inexistente en la naturaleza y que, por diversas razones, ha sido emparentado con el jaguar.

Creo que Piña Chan (1955:86, fig. 21) fue el primero en comentarla, diciendo que es “una figura hueca tipo olmeca con piel de jaguar en los hombros que muestra también la forma de representar las garras, encías y manchas del mismo animal”.

Miguel Covarrubias (1961:66), tan propenso a imaginar jaguares en las figuraciones olmecas, ve en ésta a tal felino únicamente en la estilización de la cabeza, ya que la describe del siguiente modo: “El personaje está desnudo, pero usa una especie de piel sobre la cabeza y la espalda, piel que no es de jaguar como pareciera natural, sino de una curiosa bestia fantástica cuadrúpeda con una cabeza derivada claramente de la máscara de jaguar ‘olmeca’ con un cuerpo decorado con cruces, y con las cuatro extremidades terminadas en manos humanas.” Es de no-

tarse una incongruencia en su descripción: habla allí de una bestia cuadrúpeda, y luego asevera que sus extremidades terminan en manos, por lo cual esa bestia no sería cuadrúpeda, sino cuadrúmana.

Años después, Piña Chan (1981:13) insiste en su opinión y, aludiendo a la cerámica olmeca, escribe en relación con la figura de que se trata:

En la misma cerámica aparece una serie de vasijas decoradas con los rasgos del animal totémico por excelencia, el jaguar, [...] cuya inspiración se observa objetivamente en la piel de jaguar que lleva a la espalda un brujo o mago de esos tiempos, es decir, en una figura hueca de barro, procedente de Atlihuayán, Morelos, que muestra las *garras, manchas, cejas*, etc.

De la misma figura afirma Joralemon (1971:35):

Representa un corpulento muchacho sentado, con cejas de flama y las típicas narices y boca olmecas; extendida sobre su espalda está la entera piel de la criatura fantástica que he llamado Dios I. [...] El monstruo tiene cuatro garras-ala y una ancha, estratificada cola.

Si se toma en cuenta que este autor define al “Dios I” como “un monstruo jaguar” (ib.) y como “el jaguar-dragón” (ib.:90), resulta claro que la piel en cuestión, según él, presenta elementos de dicho felino.

Señalo desde aquí el hecho de que los órganos en que concluyen las extremidades son, para Piña Chan, garras de jaguar; para Joralemon, “garras-ala”; sólo Covarrubias las ve en lo que evidentemente son: manos humanas.

Además, ni Piña Chan ni Covarrubias hacen mención de la cola, rasgo aquí de principal significación para indagar la naturaleza del ser a que pertenece, y Joralemon simplemente la describe como “ancha, estratificada” sin ofrecer explicación alguna de lo que puede representar.

La máscara del Museo Peabody muestra rasgos típicamente olmecas; así, las cejas de flama, la boca de contorno trapecial

con el labio superior ampliado en su parte media, y la nariz directamente situada sobre él.

Se desconoce su procedencia. De esta suerte, por ejemplo, Covarrubias (1946:169) dice que es de Oaxaca; Kennedy Easby y Scott (1970:107), que de la región de Pánuco, Veracruz; Joralemon (1971:63), de Veracruz. Kennedy Easby y Scott quienes la designan “máscara de hombre-jaguar” (ib.), aclaran que “fue comprada en la ciudad de México en 1927 [y] se decía que había venido de una hacienda en la Huasteca”.

Presenta, en relieves, oquedades e incisiones, una particular complejidad de formas y elementos. Lleva relevado en el centro de la frente un signo a manera de moño vertical de dos anchas cintas con la punta dirigida hacia afuera, y sostenida cerca de su curvo límite inferior por una banda horizontal. Casi paralela a sus bordes, una incisión las recorre. Esta última característica se ofrece también en las cejas y en el apéndice que baja del labio superior.

Bajo el signo mencionado, horizontal y también en relieve, se ve un cuerpo dividido en cuatro secciones por tres incisiones diagonales que bajan de derecha a izquierda. Este cuerpo queda sobre un profundo hundimiento que se extiende hacia los lados donde marca, hacia arriba, la proyección de las cejas, y hacia abajo hace lugar a los ojos.

Las cejas tienen en sus bordes superiores una doble ondulación descendente, encima de la cual se acomodan sendos elementos relevados en forma de gruesas letras U.

Los ojos son grandes, anchos en las redondeadas comisuras interiores y agudos en las exteriores. Casi rectos en su parte alta, se encorvan pronunciadamente en la baja, en una curvatura que se acentúa al bordear los iris, hoy cavidades hondas y circulares en donde es de suponerse que se contuvieron incrustaciones.

Entre los ojos aparece, ancho y plano y sesgado hacia enfrente, el puente de la nariz, cuya terminación es una superficie en la cual las fosas se figuran por dos breves orificios así mismo circulares.

El labio superior, adelgazándose hacia los lados, desciende hasta ocultar sus extremos bajo dos a modo de curvos colmillos de rectos extremos dirigidos hacia atrás, y que de inmediato recuerdan

los que se ven en la boca de la Estela C de Tres Zapotes (fig. 4) y en el Mascarón de la Pirámide E-VII Sub de Uaxactún (fig. 5).

En la ampliada porción central de ese labio, formando al unir sus contornos un ángulo descendente, dos formas en relieve levantan en su centro una superficie trapezial, hendida desde su base menor por una vertical incisión. De su base mayor, que es el borde del labio, baja un apéndice ancho, terminado en punta.

El labio inferior, situado muy por atrás del otro, es grueso y ascendente en su parte media. Retrocedente y duro es el mentón.

Por las mejillas, dibujadas bajo las orejas mediante firmes incisiones, suben al sesgo dos bandas rematadas por apariencias análogas a las de ciertas cejas de flama.

Del conjunto de elementos formales descritos, destaco, ahora, para mis propósitos, dos que me son esenciales: los ojos y las formas relevadas sobre el labio superior.

Prescindo de hacer aquí una descripción pormenorizada del Monumento 19 de La Venta, por ser éste de sobra conocido. Sus rasgos generales son los siguientes:

Enmarcado por las curvas del cuerpo de una gigantesca serpiente de cascabel, se sienta una figura humana; su cabeza y su rostro se miran resguardados por la cabeza de otra serpiente, ésta menos grande que la primera, que sirve a modo de yelmo.

Los ojos de las serpientes son notables por su forma (fig. 6). Redondeados en su parte anterior donde siguen el perfil del iris, magno y en relieve, se afinan hacia atrás hasta concluir en las agudas comisuras. Tendiente a la recta es la línea que arriba los limita; es curva la que desde abajo los sostiene.

Sobre el de la serpiente mayor se establece una ceja en cuya superficie se unen sin solución de continuidad dos trapecios, por medio de laterales curvas entrantes. El superior de ellos más pequeño que el otro, lleva una incisión vertical que baja de su base menor.

La serpiente más breve, ostenta gruesas cejas de flama. La piel de su cuerpo cubre, como una capa, la espalda de la figura humana.

De tres segmentos se compone el cascabel caudal de la mayor.

De la comparación de estos rasgos, innegablemente ofidios, del Monumento 19 de La Venta, con los correspondientes de la fi-

gura de Atlihuayán y la máscara del Museo Peabody, se desprenden incontrovertibles similitudes.

Es aquélla la de un hombre sentado que se cubre cabeza y espalda con la piel, según Piña Chan, de un jaguar; conforme a Covarrubias, de una bestia fantástica con cabeza derivada de la máscara de jaguar olmeca; de acuerdo con Joralemon, de un monstruo jaguar o de un jaguar dragón.

Aparte de que es imposible encontrar alguna semejanza entre la cabeza de un jaguar y la de esta piel, que en cambio es enteramente próxima a la de diversas representaciones olmecas de formas serpentina, hay en ella una parte de la cual tanto Piña Chan como Covarrubias hicieron caso omiso, y Joralemon se redujo a fijar una en exceso somera descripción. Me refiero a la cola.

Ésta aparece en la figura prolongando la piel con una serie de tres trapecios.

Véase ahora la cola de la serpiente mayor del Monumento 19 de La Venta. Allí están los tres segmentos del cascabel, equivalente a los trapecios de los de la representación de Atlihuayán. La afirmación del carácter serpentino de éstos podría reforzarse comparándolos con la Tortuga-Xiuhcōatl de la Tumba de Zaachila ilustrada por Caso (1964, fig. 4) (fig. 7). Allí se ve a un hombre cuya cabeza queda contenida entre las mandíbulas de una serpiente, la cola de la cual se mira compuesta esencialmente de tres trapecios sucesivos.

La figura de Atlihuayán, así, viene a representar lo mismo que la figura humana del Monumento 19. Un hombre con la cabeza y la espalda protegidas por la piel de una serpiente.

Quedaría por explicar en aquélla la presencia de las manos humanas. Podría conjeturarse que dicha presencia obedece al principio, insistentemente expresado en el mundo prehispánico, de la naturaleza común del hombre y la serpiente. Así, en esta imagen dicha naturaleza común se mostraría, en el rostro humano, en la ampliación del labio superior, orientada a dar espacio para el enfrentamiento de dos cabezas serpentina; en la piel de la serpiente, en el añadido de las manos humanas. El mismo principio, pues, se revela aquí, como en múltiples creaciones olmecas, en sus dos

variantes: el hombre que adquiere rasgos ofidios, y la serpiente que cobra características humanas.

En cuanto a la máscara del Museo Peabody, la similitud de sus ojos con los de las serpientes del Monumento 19, en apariencia y proporciones, salta a la vista. Y tan característico como los ojos, existe otro elemento que emparenta esencialmente ambas representaciones; es éste la ceja de la serpiente mayor, la cual, de casi exacta manera, coincide en aspecto con las formas que proyectan su relieve, una junto a la otra, sobre la superficie del labio superior (fig. 8).

Hay pues, en esta máscara, dos rasgos que, dentro del estilo representativo olmeca, resaltan como abiertamente serpentinos. Obvio es el significado de los ojos; en cambio, el del doble relieve bucal ofrece campo a la suposición. Ahora he de intentar establecerlo, para lo cual recurriré a dos hipótesis más anteriores.

Con respecto a la figura de la típica boca olmeca, escribí (Bonifaz Nuño, 1989:86-87), acerca de la estilización de su labio superior:

Esa característica ampliación en la horizontalidad de su parte más alta, tiene por objeto crear el espacio necesario para dar acomodo a la cabeza de dos serpientes puestas frente a frente, en tanto que las descendentes porciones laterales hacen lugar al comienzo de sus cuerpos.

Me basé, para hacer tal afirmación, en el examen de la escultura que llamo "Tlálóc Uhde Olmeca" y pertenece al Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana (fig. 9).

En lo concerniente a la llamada bigotera de Tlálóc, dije (Bonifaz Nuño, 1986:91):

La boca de Tlálóc se forma con el enfrentamiento de dos cabezas de serpiente. El labio superior, el bigote, la bigotera o como se le quiera llamar, no puede representar otra cosa que las cejas de tales cabezas.

Fundamento de estas aseveraciones me fueron el Tlálóc de la Colección Uhde del Museo Etnológico de Berlín (fig. 10) y el

examen de diferentes imágenes de Tláloc y de cabezas de serpiente plasmadas en Teotihuacán.

En estas últimas, encontré que la unión de las cejas serpentinas, en sus distintas modalidades, produce las modalidades distintas de la boca de Tláloc (figs. 11, 12 y 13).

Vuelvo ahora a la máscara en cuestión. Aquí está su idiosincrásica boca de contorno trapecial, la ampliación del labio superior destinada a dar cabida a dos cabezas de serpiente; aquí, en esa ampliación, se sitúan dos relieves semejantes a la ceja de la serpiente tal como los olmecas la figuraron en el Monumento 19 de La Venta.

La conclusión se propone por sí misma: las cabezas de serpiente, en esta máscara, se representaron simbólicamente con sus cejas enfrentadas, unidas en el centro donde forman ángulo.

Acaso por primera vez, hasta donde conozco, se da, en un rostro, el modo de representación de las serpientes que sería adoptado en Teotihuacán y se extendería hasta el Postclásico Tardío de los aztecas cuando se trató de plasmar la imagen de Tláloc.

Ahora bien: si la unión de dos cabezas de serpiente simbolizadas por sus cejas fue empleada durante siglos con el fin de representar la boca de Tláloc, no me parece ilegítimo inferir que al rostro de Tláloc representa esta máscara, la cual lleva en su boca las dos cejas serpentinas enfrentadas y unidas.

Esta máscara, pues, como el "Tláloc Uhde Olmeca" a que antes hice mención, es un rostro olmeca de Tláloc.

En resolución: tal como se desprende de la comparación de rasgos suyos con otros serpentinos existentes en el Monumento 19 de La Venta, pienso que puede concluirse que tanto la figura de Atlahuayán como la máscara del Museo Peabody ostentan inequívoco carácter ofidio.

Y resalta patente el desatino en que incurrían quienes han pretendido afirmar su condición felina.